

CAPITULO V.

Una misma ansiedad habia tenido agitado el campo de los Rusos en aquella misma noche. Durante la accion de Malo-Iaroslavetz, viéron que Kutusof solo se acercaba al campo de batalla titubeando, parándose á cada paso, sondeando el terreno, como si hubiera temido de verle hundirse debajo de sí, y haciéndose arrancar sucesivamente los diversos cuerpos que enviaba al socorro de Doctorof. No se atrevió el mismo á venir á colocarse en medio del camino de Napoleon, hasta aquella hora en que no son ya de temer las batallas generales.

Enardecido entónces Wilson con la re-friega, habia acudido, hácia el lado de Kutusof; Wilson, aquel Ingles activo, inquieto, aquel que se vió en Egipto, Es-

paña, y en todas partes enemigo de los Franceses y de Napoleon. Representaba á los aliados en el ejército ruso; era en medio del poder de Kutusof un hombre independiente, un observador y aun juez, motivos infalibles de aversion: su presencia era odiosa al anciano Ruso; y no dejando el odio nunca de engendrar el odio, ambos se aborrecian.

Wilson le hace cargo de su incomprendible lentitud, que por cinco veces en un solo dia acababa de malograrles la victoria, como en Winkowo; y le trae á la memoria aquella batalla del 18 de octubre. En efecto, Murat estaba perdido en aquel dia, si Kutusof hubiera ocupado vivamente el frente de los Franceses con un ataque serio, mientras que Beningsen cercaba su ala izquierda. Pero sea incuria ó lentitud, defectos de la vejez, sea, como lo dicen muchos Rusos, que Kutusof tuviese mas envidia á Beningsen que enemistad á Napoleon, el anciano atacó

muy flojamente, muy tarde, y se habia parado con mucha presteza.

Wilson prosigue, le interpela, pídele una batalla decisiva para el siguiente dia, y viéndola negada, exclama, « ¡ que quiere pues dar un libre paso á Napoleon, y dejarle escapar con su victoria! ¡ Que grito de indignacion se dará en Petersburgo, en Londres, en toda la Europa! ¡ no le hieren ya en sus oidos las quejas de sus tropas! »

Pero irritado Kutusof, le responde, « que sí, sin duda ninguna, haria un puente de plata al enemigo mas bien que exponer su egército, y con él la suerte de todo el imperio. ¿ No va huyendo Napoleon? ¿ Porque detenerle, y obligarle á vencer? Es suficiente contrario suyo el tiempo; el invierno es el mas seguro aliado entre todos los de la Rusia; cuyos socorros quiere esperar él. En cuanto al egército ruso, es suyo y le obedecerá á pesar de los clamores de Wilson; bien informado Alejandro,

le dará su aprobacion; ¿ que le importa la Inglaterra? ¿ Pelea pues él acaso por ella? Es ante todas cosas Ruso; quiere que la Rusia se liberte; y va á libertarse sin correr el nuevo riesgo de una batalla. Por lo que mira á lo restante de la Europa, le importa poco que esté bajo la dominacion de la Francia ó de la Inglaterra. »

Así queda rebatido Wilson, y sin embargo Kutusof, encerrado con el egército frances en aquel páramo de Malo-Iaroslavetz, se halla obligado á mostrar allí el mas formidable aparato. Despliega en aquella altura, el 25, todas sus divisiones y setecientas piezas de artillería. No se duda ya en ambos egércitos que haya llegado un último dia; lo cree Wilson mismo. Ha notado que las líneas rusas estan arrimadas á una quebrada cenagosa que un poco seguro puente atraviesa. Este medio único de retirada, en presencia del enemigo, le parece impracticable: es preciso por último que Kutusof venza ó perezca; y el Ingles se regocija con la es-

peranza de una batalla decisiva; que su éxito sea fatal á Napoleon, ó peligroso para la Rusia, será sangrienta, y la Inglaterra no puede ménos de ganar en esto.

Venida sin embargo la noche, é inquieto todavía, recorre las filas, se alegra sobremanera de oír que Kutusof jura por último que va á dar la batalla; triunfa al ver que todos los generales rusos se preparan para una tremenda refriega; únicamente Beningsen lo duda todavía. Sin embargo, pensando el Ingles en que la posición no permitía ya volverse atrás, descansaba finalmente esperando que amaneciese, cuando hácia las tres de la mañana le despierta una orden de retirada. Fuéron en balde todos sus esfuerzos. Kutusof estaba resuelto á huir hácia el mediodia, desde luego á Gonczarewo, despues mas allá de Kalougha; y todo se hallaba dispuesto ya para su paso en el Oka.

Mandaba Napoleon en aquel mismo

instante, que sus tropas se retirasen, por el norte, hácia Mojaisk. Ambos egércitos se volviéron pues las espaldas, engañándose recíprocamente con sus vanguardias.

Por la parte de Kutusof, asegura Wilson que fué como una derrota. Se vió que la caballería, cañones, carruages y batallones, llegaban de todas partes á la entrada del puente á que el egército ruso estaba arrimado. Acudiendo allí todas sus columnas de la derecha, izquierda y centro, se encuentran, estrechan y confunden en una tan disforme, tan amontonada masa, que pierden toda facultad de movimiento. Tardaron muchas horas en poder desembarazar y despejar aquel paso. Cayéron en aquella barahunda diversas balas de cañon, que Davoust habia creído perdidas.

Napoleon ne tenia mas que avanzar contra aquella desordenada turba, y se retiró, cuando estaba hecho ya el mayor esfuerzo, el de Malo-Iaroslavetz, y cuando solo el marchar le bastaba. Pero tal es la guerra:

nunca se prueba ni se atreve lo suficiente. El enemigo ignora lo que el enemigo hace. Las avanzadas forman el exterior de estos dos grandes cuerpos enemigos, con el cual se engañan entre sí. Hay un abismo entre dos egércitos avistados!

Por lo demas, careció aquí quizás de temeridad el emperador, á causa de que habia carecido de prudencia en Moscou: fatigóse, le habian fastidiado aquellas dos refriegas de Cosacos; sus heridos le enternecieron, se desanimó con tantos horrores, y al modo de los hombres de extremados resoluciones, no esperando ya ninguna victoria completa, se determinó á una atropellada retirada.

No vió ya desde aquel instante mas que Paris, así como al partir de Paris habia puesto todas sus miras en Moscou. En el 26 de octubre dió principio el movimiento de nuestra infausta retirada. Se quedó Davoust con veinte y cinco mil hombres en la retaguardia. Mientras que avanzaba algunos pasos, y esparcia el ter-

ror, sin saberlo, entre los Rusos, asombrado el egército grande, les volvia la espalda. Marchaba este último cabizbajo, como avergonzado y abatido. En medio de él, su gefe, tétrico y silencioso, media segun visos con ansiedad su linea de comunicacion con las plazas del Vistula. No le presenta, en el espacio de mas de doscientas cincuenta leguas, mas que dos puntos de detencion ó descanso, Smolensko desde luego y Minsk despues. Ha formado de ambas ciudades sus dos depósitos mayores, en que se reunen inmensos almacenes. Pero Wittgenstein, siempre al frente de Polotsk, amenaza el flanco izquierdo de la primera, y Tchitchakof, ya en Bresk-Litowsky, el flanco derecho de la segunda. Las fuerzas de Wittgenstein se aumentan con los reclutas y nuevos cuerpos que le llegan diariamente, y con la progresiva debilitacion de Saint-Cyr.

Cuenta sin embargo Napoleon con el duque de Bellune y treinta y seis mil soldados suyos de tropas frescas. Cuyo cuerpo de

egército está en Smolensko desde los principios de septiembre. Cuenta con los destacamentos que los depósitos envían, con los enfermos y heridos restablecidos con los rezagados reunidos y formados en Vilna en batallones ambulantes. Todos llegarán á entrar en la línea sucesivamente, y llenarán los vacíos que el acero, el hambre y las enfermedades han hecho en las filas. Habrá pues lugar de volver á aquella posición del Duna y del Borístenes, en que quiere que se crea que agregándose su presencia á la de Victor, Saint-Cyr y Macdonald, reprimirá á Wittgenstein, detendrá á Kutusof, y amenazará á Alejandro hasta en su segunda capital.

Por esto publica Napoleon que va á colocarse sobre el Duna. Pero no descansa su ánimo todavía en aquel río y el Borístenes; conoce que con un ejército fatigado y diminuto no podrá guardar el intervalo de ambos ríos, y su curso que los hielos van á borrar. No cuenta con un

mar de nieve de seis pies de profundidad, que el invierno va á extender sobre aquellas regiones; pero que el invierno podrá hacer sólido; todo serviría de camino entonces al enemigo para llegar hasta él, para internarse en los intervalos de sus acantonamientos de madera, esparcidos en doscientas leguas de frontera, y quemarlos.

Si Napoleon se hubiera detenido allí al principio, como lo había anunciado al llegar á Viteps, conservando y reparando su ejército; si se hubieran arrojado Tormasof, Tchitchakof y Hoertel de la Volinia, y si en aquellas ricas provincias hubiera alistado cien mil Cosacos, hubieran sido habitables entonces sus cuarteles de invierno. Pero en el día no hay allí disposición ninguna; y no solamente sus fuerzas son insuficientes para aquel país, sino que también Tchitchakof, á cien leguas, por su espalda, amenazaría todavía sus comunicaciones con la Alemania y la Francia, y su retirada. Luego

le es necesario ir á buscar cuarteles de invierno cien leguas mas adelante de Smolensko, en una posicion mas reducida, detras de las lagunas del Beresina, en Minsk, de la que le separan cuarenta jornadas.

Pero ¿llegará con tiempo? Debe creerlo. Colocados Dombrowsky y sus Polacos alrededor de Bobruisk que observan, bastan para contener á Heertel. En cuanto á Schwartzemberg, este general se halla victorioso; está al frente de cuarenta y dos mil Austriacos, Sajones y Polacos, que, con la division francesa de Dunette, que acude de Varsovia, van á ascender á mas de cincuenta mil combatientes. Ha perseguido á Tormasof hasta el Styr.

Es verdad que acaba de agregarse el ejército ruso de Moldavia á las reliquias del de Volinia; que Tchitchakof, general activo y determinado, ha tomado el mando de estos cincuenta y cinco mil Rusos; que el Austriaco se ha detenido; que aun se

ha visto precisado, el 23 de septiembre, á retroceder detras del Bug; pero ha debido volver á pasar este rio en Bresk-Litowsky, y Napoleon ignora lo demas.

Sin embargo, excepto el caso de una traicion que es muy tarde para prever, y que solo una precipitada vuelta puede impedir, se lisonjea de que Schwartzemberg, Regnier, Dombrowsky, y veinte mil hombres repartidos en Minsk, Slonim, Grodno y Vilna, no permitirán que sesenta mil Rusos se hagan dueños de sus almacenes y le corten la retirada.

CAPITULO VI.

Reducido Napoleon á tan arriesgadas conjeturas, llegaba muy pensativo á Vereia, cuando se le presentó Mortier. Pero echo de ver que llevado yo, como todos nosotros lo eramos entónces, de aquella rápida sucesion de violentos lances y acaecimientos memorables, se ha distraido mi atencion de un hecho digno de notarse. Una horrenda explosion habia conmovido los aires á la una y media de la mañana del 23 de octubre; y se pasmaron de ello por un instante ambos egércitos, en medio de que apenas se pasmaba uno ya de nada esperándolo todo.

Mortier habia obedecido : no existia ya el Kremlin; habíanse colocado diversos toneles de pólvora en todas las salas del palacio de los zares, y ciento ochenta y

tres mil libras bajo las bóvedas que las sostenian. Se habia quedado el mariscal con ocho mil hombres sobre aquel volcan, que una bomba rusa podia hacer reventar. Allí, cubria Mortier la marcha del egército hácia Kalougha, y la retirada de nuestros diversos convoyes hácia Mojaisk.

Entre estos ocho mil hombres, habia apenas dos mil con que Mortier pudiera contar; los demas, soldados de caballería desmontados, hombres de regimientos y países diversos, bajo gefes nuevos, sin costumbres semejantes, ni recuerdos comunes, ultimamente sin nada de lo que liga, formaban juntos, mucho menos un cuerpo arreglado que una gavilla de gente : y no debian tardar en dispersarse.

Miraban á este mariscal como á un hombre sacrificado. Los demas gefes, sus antiguos compañeros de gloria, le habian dejado con las lágrimas en los ojos, y el emperador diciéndole, « que contaba

con su fortuna; pero que por lo demas, en la guerra, era preciso tener una parte en el fuego. » Mortier se habia resignado sin vacilar. Tenia orden de defender el Kremlin; despues, retirándose, de hacerle volar, é incendiar las reliquias de la ciudad. Le habia enviado Napoleon sus últimas órdenes, el 21 de octubre, desde el palacio de Krasno-Pachra. Mortier, despues de haberlas egecutado, debia dirigirse hácia Vereia, y formar la retraguardia del egército.

Le recomendaba mas particularmente Napoleon en aquella carta, « que metiese en los carruages de la guardia nueva, en los de la caballería desmontada, y en cuanto hallase, á los hombres que quedaban todavía en los hospitales. Los Romanos, añadía, daban coronas cívicas á los que salvaban á algunos ciudadanos; y el duque de Treviso merecerá otras tantas cuantos soldados salve. Es menester que los haga montar en sus caballos, en los de todos. Así se condujo él, Napo-

leon, en San-Juan de Acre. El mariscal debe dar esta providencia, mayormente que apenas el convoy se haya incorporado con el egército, se tratará de darle los caballos y carruages que el consumo haya inutilizado. El emperador espera tener que manifestar su satisfaccion al duque de Treviso por haberle salvado á quinientos hombres. Debe comenzar por los oficiales, despues por los sargentos y cabos, y preferir á los Franceses; que junte pues á todos los generales y oficiales de su mando, para darles á conocer la importancia de esta disposicion, y cuan meritorio será su servicio, á los ojos del emperador, si le han salvado á quinientos hombres.»

Sin embargo, á proporcion que el egército grande habia salido de Moscou, habian penetrado los Cosacos en los arrabales; y Mortier se habia retirado al Kremlin, al modo que un resto de vida se retira hácia el corazon, á proporcion que la muerte se hace señora de las extremi-

dades. Aquellos Cosacos iban descubriendo el campo á diez mil Rusos, que madaba Wintzingerode.

Inflamado este extranjero de odio contra Napoleon, y exaltado con el deseo de reconquistar Moscou y de naturalizarse en Rusia por medio de esta señalada hazaña, se alejó mucho de sus tropas; atravesó, corriendo, la columna georgiana, se arrojó sobre la ciudad china y el Kremlin, encontró algunas avanzadas, las despreció, y cayó en una emboscada; y viéndose cogido en aquella ciudad que venia á tomar, mudó de papel repentinamente, agitó su pañuelo en el aire, y se declaró por parlamentario.

Condujéronle á la presencia del duque de Treviso. Allí, apeló osadamente al derecho de gentes, que violaban, decia, en su persona. Mortier le respondió « que un general en gefe que se presentaba de aquella manera, podia tomarse por un soldado temerario, pero jamas por un parlamentario, y que tenia que entregar

su espada inmediatamente. » No esperando ya entonces el general ruso en engaño ninguno, se resignó, y confesó su imprudencia.

Los Franceses finalmente, despues de cuatro dias de resistencia, abandonan aquella infausta ciudad para siempre. Llevánse consigo á cuatro cientos heridos; pero al retirarse, dejan, en un sitio seguro y oculto, una composicion de mixtos hábilmente preparado que un fuego lento devoraba ya; estaban calculados sus progresos, y se sabia la hora en que su fuego habia de llegar al monton de pólvora, encerrado en los cimientos de aquellos palacios condenados.

Mortier se apresura á huir, pero al mismo tiempo que se aleja rápidamente, algunos codiciosos Cósacos y súcios mágicos, atraídos, dicen, por la sed del pillage, acuden, se acercan, escuchan, y alentándose con la aparente calma que reina en la fortaleza se atraven á internarse en ella; suben, y sus manos, an-

siosas del saqueo, se abrian ya, cuando todos de repente son destruidos, aniquilados y arrojados por los aires con aquellos muros que iban á despojar, y treinta mil fusiles que se habian dejado abandonados allí: despues sus mutilados miembros, con todas aquellas ruinas de paredes y aquellos trofeos de armas, van á caer lejos en una horrenda lluvia.

Tembló la tierra en el camino por donde Mortier marchaba. A diez leguas mas adelante, en Feminskoe, oyó el emperador aquella explosion, y, él mismo, con aquel iracundo acento de que á veces usaba para hablar á la Europa, proclama en el siguiente dia, con fecha de Borowsk, «que el Kremlin, arsenal, almacenes, todo está destruido, que aquella antigua ciudad que traia su origen de los principios de la monarquía, aquel primer palacio de los zares, no existen ya, que Moscou no será en lo sucesivo mas que un monton de escombros, una cloaca impura y malsana, de ninguna importancia

política ni militar. La abandona á los mendigos y pillos rusos, para marchar contra Kutusof, extenderse mas allá de la izquierda de este general, echarle atrás, y encaminarse despues sossegadamente hácia las orillas del Duna; en donde tomará sus cuarteles de invierno.» Temiendo despues dar muestras de retroceder, añade «que de esta manera se habrá acercado ochenta leguas á Vilna y Petersburgo; duplicada ventaja, es decir veinte jornadas mas cerca de los medios y fin.» Quiere dar con esto á su retirada el aspecto de una ofensiva marcha.

Declara entonces «haberse negado á dar la orden de destruir todo el pais que va abandonando; porque le repugna el agravar las desdichas de aquellos pueblos. Para castigar al incendiario ruso, y á cien culpables que hacen la guerra como Tártaros, no quiere arruinar á nueve mil propietarios, y dejar absolutamente sin arbitrios á doscientos mil esclavos, inocentes de todas aquellas barbaridades.»

No le tenia exasperado entonces la desgracia; pero todo se habia mudado á los tres dias. Despues de haberse encontrado con Kutusof, retrocedia por aquella misma ciudad de Borowsk, la cual no existió ya, desde que él la hubo vuelto á pasar. Todo se quemará así en adelante á sus espaldas. Como conquistador habia conservado; al retirarse, destruirá; sea necesidad para arruinar al enemigo y aliojar su marcha, por ser todo imperioso en la guerra; sea en represalias, efecto terrible de las guerras de invasion, que desde luego legitiman todos los medios defensivos, lo cual motiva despues los ofensivos.

Por lo demas la agresion, en aquella terrible especie de guerra, no estaba de la parte de Napoleon. Berthier habia escrito á Kutusof, en 19 de octubre, proponiéndole « arreglar las hostilidades, de modo que no acarreasen al imperio moscovita mas que los males anexos al estado de guerra; pues la devastacion de la Rusia

era tan perjudicial para aquel imperio como dolorosa para Napoleon. » Pero Kutusof habia respondido « que le era imposible refrenar el patriotismo ruso; » lo cual era confesar la guerra de Tártaros que sus milicias nos hacian, y autorizaba en algun modo para devolvérsela.

Los mismos fuegos devoraron Vereia, en donde Mortier acababa de alcanzar al emperador, y hacerle entrega de Wintzingerode. Todos los ocultos dolores de Napoleon se exasperaron á la vista de este general aleman; su abatimiento se volvió ira, y desahogó sobre aquel enemigo cuantos pesares le oprimian. « ¿ Quien es Vmd. ? le gritó cruzando los brazos con violencia, como para poseerse y contenerse á sí mismo; ¿ quien es Vmd. ? un hombre sin patria ! que ha sido siempre enemigo personal mio ! Cuando hice la guerra á los Austriacos, le hallé á Vmd. en sus filas. La Austria se ha hecho aliada mia, y Vmd. ha solicitado el servicio en la Rusia. Vmd. ha sido uno de los mas ardien-

tes fautores de la presente guerra. Sin embargo, Vmd. nació en los estados de la confederacion del Rhin, y es súbdito mio. No es Vmd. un enemigo comun, sino un rebelde; y tengo derecho para mandar juzgarle! Guardias, echad mano á este hombre! Las guardias permanecieron inmóviles, como habituadas á ver terminarse sin efecto aquellos violentos lances, y seguras de obedecer mejor con la desobediencia.

El emperador repuso: « Ve Vmd., caballero, esas devastadas campiñas, y esas aldeas ardiendo! ¿A quien debemos reconvenir de estos desastres? á cincuenta aventureros como Vmd., asalariados por la Inglaterra, que los ha echado sobre el Continente: pero el peso de esta guerra recaerá sobre los que la han sugerido. Estaré de aquí á seis meses en Petersburgo, y se me dará razon de todas estas fanfaronadas.»

Dirigiéndose entonces al edecan de Wintzingerode, prisionero como él: « To-

cante á Vmd., conde Narischkin, no tengo nada de que hacerle cargo; Vmd. es Ruso, y ha cumplido con su obligacion: pero ¿ como ha podido un sugeto de las primeras familias de Rusia ser edecan de un interesado extranjero? Sea Vmd. edecan de un general ruso, cuyo destino le será mucho mas honroso.»

El general Wintzingerode no habia podido responder hasta entonces á tan violentos dichos mas que con su actitud; la cual fue sosegada como su respuesta. Respondió, « que el emperador Alejandro era su bienhechor y de su familia toda, que cuanto poseia, lo debia á su augusta munificencia; que la gratitud le habia hecho súbdito suyo; que estaba en el puesto que su bienhechor le habia destinado; por lo que no habia hecho mas que cumplir con su obligacion.

Añadió Napoleon algunas amenazas, menos violentas ya; y no pasó de las palabras, sea que se hubiese desahogado de toda su cólera en el primer impulso,

sea que no hubiese querido mas que atemorizar á cuantos Alemanos tuviesen tentaciones de abandonarle. Así fué interpretada á lo menos su violencia por los que le circundaban; la cual desagradó; no hicieron caso de ella, y todos se aceleraron al lado del general prisionero para tranquilizarle y consolarle. Continuaron estas atenciones hasta la Lithuania, en que los Cosacos recuperaron á Wintzingerode y su edecan. El emperador habia afectado bondadosos tratamientos con este joven señor ruso, lo cual prueba que hasta en su iracundia habia entrado cálculo.

 CAPITULO VII.

Volvimos á ver Mojaisk el 28 de octubre. Aquella ciudad estaba todavía llena de heridos; se cargó con los unos, y se reunieron los otros abandonándolos como en Moscou, á la generosidad de los Rusos. Pasó Napoleon algunas werstas mas allá de aquella ciudad, y comenzó el invierno. Así, despues de una tremenda batalla y diez dias de marchas y contramarchas, el egército, que solo habia sacado de Moscou quince raciones de harina por hombre, no habia avanzado mas que el espacio de tres jornadas en su retirada, se hallaba escaso de víveres, y le habia cogido el invierno.

Se rendian ya varios hombres. Desde los primeros dias de la retirada, el 26 de octubre, se habian quemado algunos car